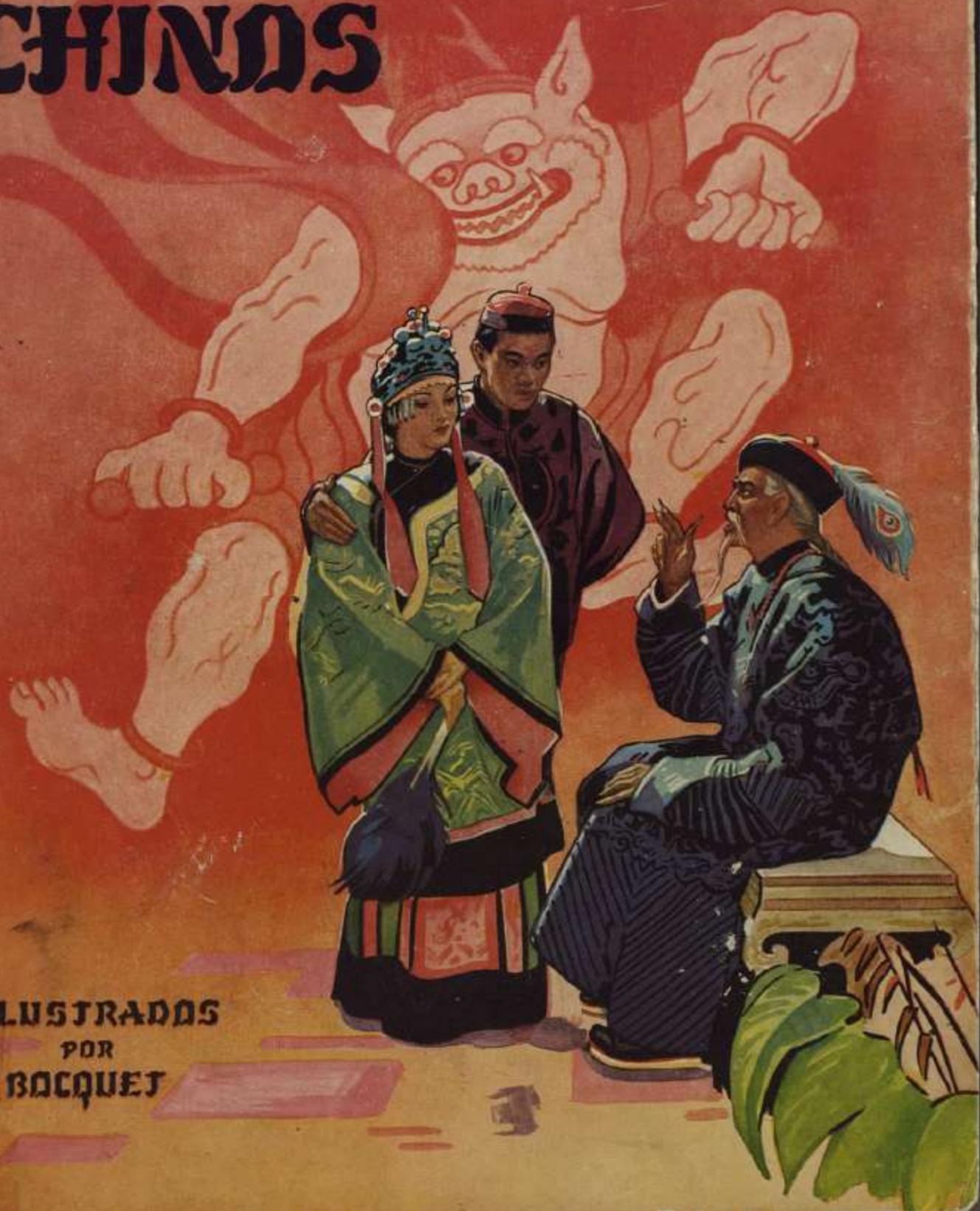


J2 CA 308
10

CUENTOS DE HADAS CHINOS



ILUSTRADOS
POR
BOCQUET



La leyenda de Nungguama

UNA mujer llevaba en cierta ocasión unas tortas a sus parientes. En el camino se encontró con un ogro llamado Nungguama, que tenía cuerpo de toro, una cabeza como una medida de arroz, y garras y dientes muy afilados. Sus ojos lanzaban chispas, y tenía la piel cubierta de un pelo espeso y áspero. El monstruo se echó a reír y dijo:

—Dame todas tus tortas para comérmelas.

—No puedo—contestó la mujer con timidez;—son para mis parientes.

—Bien—replicó Nungguama;—volveré esta noche y te desgarraré las carnes, te trituraré los huesos y terminaré devorándote.

La mujer empezó a gritar llena de terror y, temiendo que acudiesen algunos hombres y le atrapasen, el monstruo corrió a la montaña con la velocidad de una flecha disparada por un arco.

La mujer creyó morir de espanto. Y, no atreviéndose a seguir a la casa de sus parientes, pues le latía el corazón como a un ciervo acosado, se sentó a la puerta y se puso a llorar. A todo el que pa-

saba le contaba su historia y le suplicaba su ayuda; pero todos se echaban a temblar al oír el nombre de Nungguama y seguían su camino. Y, naturalmente, como nadie quería ayudarle, la mujer se puso a llorar con más amargura.

Finalmente, pasó por allí un buhonero con dos cestas de bambú en su pértiga y unas tejoletas en la mano. Quedó sorprendido al ver llorando a una mujer rodeada por una multitud boquiabierta.

—Mujer, ¿qué te pasa, que lloras tan amargamente?—le preguntó.

Y contestó la mujer entre sollozos:

—Me pasa... que... Nungguama... va a venir... a devorarme... esta noche.

—No llores más, buena mujer—dijo el anciano buhonero.—Yo te daré veinte agujas para que las claves en la puerta, y cuando llegue Nungguama, quedará prendido en ellas.

El buhonero le entregó sus veinte agujas y continuó su camino repiqueando las tejoletas. Pero la mujer consideró que las veinte agujas harían muy

poco daño al monstruo y continuó llorando.

Pasó después un hombre que recogía estiércol para abonar los campos. Y al ver a la mujer sollozando le preguntó la causa.

—No te preocupes—dijo cuando ella terminó su relato.—Yo te daré algún estiércol que pegará en la puerta. Cuando llegue Nungguama, se ensuciará la piel y saldrá corriendo a limpiársela.

La mujer aceptó el regalo, pero no se sentía todavía confortada y continuó llorando.

Un poco más tarde llegó un cazador de culebras con una cestada de ellas. Al oír llorar a la mujer, preguntó también la causa, y ella le contó su historia.

—No tienes por qué atormentarte tanto—le dijo el buen hombre.—Yo te daré dos de mis animales, que pueden trepar a los árboles y son terriblemente venenosos. Tú los pondrás en el cubo del agua, y cuando llegue Nungguama con las manos sucias, seguramente querrá lavárselas, y entonces mis culebras le matarán a mordiscos. Ya ves que no tienes por qué preocuparte.

El cazador metió dos enormes reptiles en el cubo del agua y siguió su camino. Pero en cuanto le vió desaparecer, la mujer reanudó su llanto.

Pasó después un pescadero que, al ver a la mujer con el rostro bañado en lágrimas, no se atrevió a interrogarla por sí mismo, pero no tardó en saber, por la gente, lo que sucedía. Sintió entonces gran compasión, y poniendo tres libras de peces en la olla de la cocina, dijo:

—No llores más, buena mujer; pon atención en lo que voy a decirte y nada tendrás que temer. Toma esta olla llena de peces, pero no echas agua en ella, porque sino, no morderían. Si las culebras hieren a Nungguama, querrá ir a escaldarse las manos en la olla de la cocina, pero los peces le darán tal susto, que huirá a todo correr si es que no se muere de repente.

Pero cuando el pescadero desapareció, la mujer rompió a llorar de nuevo.

Pasó a continuación un vendedor de huevos, preguntando: "¡Huevos! ¡A los buenos huevos frescos! ¡Ocho por diez céntimos!" Vió también llorar a la mujer y preguntó:

—Buena mujer, ¿por qué lloras? Me parte el corazón oírte. ¿Has reñido con tu marido, o con tu suegra, o con tu cuñada?

La mujer le contó su triste historia, aunque sin

imaginarse que tal hombre pudiera proporcionarle ninguna ayuda. No obstante, dijo el huevero:

—¡No te atormentes! ¡No llores! Yo te daré diez huevos, que ocultarás entre las cenizas del fogón. Cuando Nungguama se sienta mordido por las culebras y los peces, tratará de contener la sangre con ceniza. Los huevos estallarán entonces en sus ojos y le cegarán.

Pero la mujer se puso todavía más nerviosa y no cesó de llorar.

Finalmente, pasó por allí un hombre que vendía piedras de molino y objetos de hierro. Y cuando la llorosa mujer le confió el motivo de sus penas, prometió ayudarla.

—Te daré una piedra de ciento veinte libras—dijo—que colgarás del armazón del mosquitero que rodea tu cama. Sujétala al barrote con un alambre, y cuando oigas llegar a Nungguama, corta el alambre y el monstruo morirá aplastado por la piedra. También te daré—añadió—un hurgón de hierro. Si Nungguama no muriera del golpe, puedes rematarle con él. Por ahora no hay nada más que hacer. Sigue mis instrucciones cuidadosamente y estate tranquila.

La mujer quedó entonces tan consolada, que penetró en la casa para prepararlo todo antes de que llegase la noche.

Y rodeada por una oscuridad de pozo, permaneció largo rato sola, con el hurgón bien apretado entre las manos, esperando la venida del monstruo. Pasaron así tres horas; pero aunque aguzó bien el oído, no pudo oír nada. Al llegar la medianoche el cielo estaba azul y apenas se veía una estrella, pues la luz de la luna apagaba su brillo. Soplaban un frío viento que agitaba las cortinas. La mujer estaba tan cansada, que quedó dormida. De pronto, oyó un ruido. "Du, du, du..." Sonaron unos pasos, y la mujer comprendió que se acercaba Nungguama. Sin atreverse apenas a respirar, escuchó intensamente y agarró con más firmeza la barra de hierro.

—¡Abre la puerta!—gritó la bestia.—Si no la abres, te comeré hasta los huesos.—Y de tres empujones echó abajo la puerta. Siguió a esto un grito y una maldición, pues el monstruo se había arañado con las agujas y manchado con el estiércol.—¿Qué es esto?—rugió.—Aquí se ensucia una las manos y no estoy dispuesto a perdonarlo.—La entrada estaba ya franca, pero añadió el bruto:—

Voy a lavarme primero. Después quedará tiempo para devorarte.—Y cruzó la habitación hacia el cuba del agua. Pero tan pronto como metió en él las manos, las culebras le mordieron un dedo, arrancándole un grito de dolor mientras fluía la sangre. Corrió entonces a la olla de la cocina, pensando que contendría agua caliente, pero en el momento en que la tocó algo le dió un mordisco, que le hizo gritar aun más alto.—Otra jugarreta de esta bruja! —rugió.—¡Le voy a machacar los huesos! Pero primero restañaré mi sangre con un poco de ceniza.—Y mientras revolvía en el fogón, todos los huevos explotaron, y las cáscaras le saltaron a los ojos y se los cegaron.—¡Ah, pobre de mí!—clamó.—Las cosas van de mal en peor. ¿Por qué tropecé con semejante mujer? Realmente no puedo con ella.

El ogro ya no se cuidó de sus dolores, y, gri-

tando, penetró en el dormitorio, con tal apresuramiento que chocó con el marco de la puerta. Pero iba tan ávido de venganza que apenas si sintió el golpe.

—¡Bruja maldita—gritaba,—todas tus artimañas no podrán acabar conmigo! Ahora estoy en tu cuarto. Dentro de poco, de muy poco, te habré devorado, con huesos y todo. Sólo entonces me consideraré vengado.

Dichas estas palabras, se agarró al mosquitero, pero la mujer cortó el alambre con un cuchillo, y, ¡pam!, la pesada piedra de molino cayó sobre la cabeza del monstruo. La sangre corrió en arroyos por la habitación y se le desparramaron los huesos.

Muerto el ogro, la mujer vendió su piel y sacó tanto dinero, que tuvo para comprar todo lo que necesitaba.



La madre agua

HACE muchísimos años, tantos que la gente ya ha olvidado su nombre, vivía una pobre mujer. Habitaban con ella en la casa su anciana suegra y una hija muy pequeña. Y como la mujer era muy buena, obedecía siempre a su suegra y no se cansaba de prodigar cuidados a su hijita. Pero la anciana la odiaba y la acusaba de holgazana. Y un día dijo a su nuera:

—Todo el agua que gastamos en la casa nos la traen los aguadores. Esto es demasiado costoso. De ahora en adelante traerás tú el agua, o no te daré nada de comer.

La pobre mujer tuvo que hacer lo que su suegra le ordenaba, y todos los días, además de cuidar los cerdos y las gallinas, de preparar la comida y de remendar la ropa, tenía que dedicarse a tan duro trabajo. En cuanto amanecía iba a buscar el agua a un pozo lejano, y si no traía bastante, volvía una vez más, y hasta tres veces. No hay mujer bastante fuerte para semejante trabajo, pero ella tenía que realizarlo aunque le faltasen las fuerzas, porque, de lo contrario, no recibía alimento y le pegaban encima.

Un día ya no pudo sufrir esta esclavitud. Puso el cántaro junto al pozo y, sentándose en el brocal, se palpó los pies, destrozados y doloridos.

—¡Oh, cielos! — exclamó. — ¡Qué desgraciada soy! Tengo que trabajar todo el día, y al llegar la noche no me dan lo suficiente para alimentarme. Sería mejor morir.—Y como le pasara la idea del suicidio por la imaginación, se puso en pie para arrojarse al pozo.

De pronto apareció una mujer de blanco pelo que la contuvo diciendo:

—¿Por qué quieres morir?

La mujer quedó aterrada, sin saber de dónde había salido la anciana, pero al ver pintadas en su rostro la bondad y la compasión, perdió todo temor y le confió sus pesares.

—Eso no es nada—dijo la anciana. Y sacando de entre las ropas una varita, añadió:—Voy a darte un talismán. Todo lo que tienes que hacer cuando te levantes por las mañanas es golpear el cántaro con esta varita, y en seguida le verás llenarse de agua. Pero ten cuidado de golpearlo sólo dos veces y no reveles a nadie tu secreto.

La pobre mujer no creía que tales cosas pudieran existir, pero la anciana parecía tan bondadosa, que empezó a dudar y decidió hacer una prueba. Después de dar las gracias a su bienhechora, regresó a su hogar, y cuando golpeó el cántaro con la varita, lo vió llenarse de agua al instante. Ahora ya era dichosa, porque ya no tenía que ir a buscar el agua; pero tuvo buen cuidado de esconder la varita para que nadie la viera.

Todo marchó bien, hasta que un día empezó a entrar en sospechas la suegra. Esta sabía que su nuera tenía que ir a buscar el agua varias veces al día y, sin embargo, hacía tiempo que no la veía salir de casa, y el cántaro estaba siempre lleno.

La anciana se dedicó, pues, a observar secreta-

mente, hasta que descubrió que, en lugar de ir a buscar el agua, la nuera golpeaba el cántaro con una varita extraña. Entonces aguardó el momento oportuno y robó la varita. Pero como ignoraba su mágico poder, golpeó el cántaro repetidas veces. Una, dos, tres... Y el agua empezó a rebosar del cántaro y cubrió la casa, y todas las casas de la vecindad, y la aldea entera quedó convertida en un gran lago.

Cuando la nuera vió lo que había sucedido ya no pudo hacer nada, pues la anciana hechicera que le dió el talismán no le había revelado el medio de evitar tal desgracia. Y el agua sigue aún fluyendo del cántaro y ha formado un gran mar. Últimamente la gente ha construido un templo en su honor, y le llaman de "La Madre Agua".





El cuadro maravilloso

Li Tzu Chang era un excelente pintor. Un día se encontró con uno de los Inmortales, a quien agarró con ambas manos. Pero el Inmortal se precipitó inmediatamente en un horno ardiendo, y Li Tzu Chang se asustó mucho, aunque solamente sus manos fueron arrastradas al fuego. El Inmortal desapareció y Li Tzu Chang siguió siendo un hombre mortal, pero sus manos se habían vuelto inmortales y los cuadros que pintaban podían cobrar vida.

En cierta ocasión pintó una luna en el quinceavo día del mes, según el viejo calendario, y la dejó en prenda en una casa de empeños. El prestamista sabía que había sido pintada por manos inmortales y que, por lo tanto, iría menguando a partir del día quince. Pero diez días después Li Tzu Chang se presentó a rescatar el cuadro, y como viera que faltaba un gran pedazo de luna, exigió al prestamista mil piezas de oro como compensación. Pero dijo el comerciante:

—La luna fué empeñada el día quince del mes,

y no puedes rescatarla hasta el siguiente día quince.

El día quince del mes siguiente la luna estaba completa otra vez.

Más tarde, Li Tzu Chang utilizó sus pinturas para realizar todas las faenas caseras. Pintaba cuadros que representaban la molienda del trigo, el lavado de la ropa, el condimento de la comida, la limpieza de los suelos, la confección de los trajes, y otras muchas cosas, y el trabajo quedaba hecho mucho mejor y más rápidamente que por los procedimientos habituales.

Antes del matrimonio de su hija, Li Tzu Chang pintó cierto número de cuadros para su ajuar de novia; trajes, zapatos, medias, cobertores, y todo lo que se necesita en una casa. Pero poco después de la boda, la familia del marido curioseó el ajuar para ver lo que contenía, y cuando abrieron los cofres y no encontraron otra cosa que pinturas sobre papel hechas por Li Tzu Chang, casi enloquecieron de rabia y arrojaron todos los dibujos al

fuego. La hija, naturalmente, sabía lo útiles que podían ser las pinturas de su padre al cobrar vida, y cuando las vió en el fuego pisoteó enfurecida las llamas y consiguió salvar dos cuadros: uno que representaba un molino, y el otro, un majador de trigo.

Cuando llegó la época de la molienda, la muchacha no tuvo más que colgar el cuadro, y éste hizo todo el trabajo. Y cuando tuvo que majar el trigo, el dibujo correspondiente terminó la tarea en un periquete. Y entonces toda la familia lamentó su apresuramiento, pero ya era demasiado tarde.

